

trataba de la guerra santa contra los infieles, en que el de Aragón era tan práctico y experimentado; y como supiese que el papa se ofrecía á ir en persona á la Tierra Santa, prometiéndole, si así se verificaba, servirle personalmente y asistirle con la décima de las rentas de sus dominios. Tan señaladas muestras de aprecio y de predilección de parte del pontífice alentaron al monarca aragonés á significarle que desearia tener la honra de ser coronado por su mano ante una asamblea de tantos y tan insignes prelados y de tan esclarecidos príncipes. Respondióle el papa Gregorio que lo haria, siempre que primero ratificase el feudo y tributo que su padre Pedro II habia ofrecido dar á la Iglesia al tiempo de su coronacion, y que pagase lo que desde aquel tiempo debia á la Sede Apostólica. Tan inesperada proposicion desagradó al soberano aragonés en términos que con mucha dignidad y energía envió á decir al papa, que habiendo él servido tanto á la Iglesia romana y á la cristiandad, mas razon fuera que el pontífice le dispensase á él gracias y mercedes, que pedirle cosas que eran tan en perjuicio de la libertad de sus reinos, de los cuales en lo temporal no tenia que hacer reconocimiento á ningún príncipe de la tierra; que él y los reyes sus mayores los habian ganado de los infieles derramando su sangre, «y que no habia ido á la corte romana (copiamos las palabras de un ilustre y respetable historiador aragonés) para hacerse tributario, sino para mas eximirse, y que mas queria volver sin recibir la corona que con ella, con tanto perjuicio y disminucion de su preeminencia real (1)» Con esto regresó don Jaime á sus Estados, harto desabrido con el papa Gregorio, de quien no habia de quedar mas satisfecho Alfonso de Castilla que á muy poco de esto pasó á verle en Belcaire, y por eso el de Aragón desaprobaba tanto el viaje de su yerno, segun antes hemos manifestado.

El fallecimiento del rey de Navarra Enrique I llamado el Gordo (1274) y la circunstancia de no dejar sino una hija de dos años, proclamada no obstante sucesora del reino poco antes de morir su padre, trajo nuevas complicaciones á los cuatro reinos de Navarra, Francia, Aragón y Castilla. Dividieronse los navarros mismos en contrarios pareceres, siendo el de algunos que la tierna princesa fuese encomendada al rey de Castilla, opinando otros, por complacer á su madre, que se llevase á Francia (que era su madre la reina doña Juana, hija de Roberto, conde Artois, hermano de San Luis), y no faltando quien fuera de dictamen que se llamase á suceder en el reino al monarca de Aragón. No tardó en verdad don Jaime en enviar al infante don Pedro á requerir á los ricos-hombres y ciudades de Navarra para que le recibiesen por rey, trayéndoles á la memoria todas las razones y fundamentos de derecho en que apoyaba su reclamacion, que no eran pocos ni desatendibles, segun en el discurso de nuestra historia hemos visto. Por su parte don Alfonso de Castilla, vista la division de los navarros é invitado por alguno de ellos, resucitó tambien sus antiguas pretensiones al reino de Navarra, y muy poco antes de su viaje á Francia encomendó al infante don Fernando que entrase con ejército en aquellas tierras para hacer valer con el argumento poderoso de las armas sus derechos. En tal situacion, temerosa la viuda de Enrique de que en las alteraciones que ya habia y amenazaban ser mayores le arrancasen de su poder su tierna hija (2), tomó el partido de llevarla consigo á Francia.

Aunque el reino de Aragón se hallaba entonces tan conmovido y turbado como hemos dicho por las discordias de los dos hijos del rey y el alzamiento de los ricos-hombres, era á la verdad la pretension del aragonés la que mas fuerza hacia á los navarros y á la que mas se inclinaban; por lo cual reunidos estos en córtes en Puente la Reina, y oida la demanda del infante don Pedro, enviáronle un mensaje pidiéndole por merced les declarase en qué manera pensaba gobernarlos, y cuál era la amistad que queria tener con ellos. Respondióles el infante que con todo su poder y con todas sus fuerzas los defenderia contra todos los hombres del mundo; que les

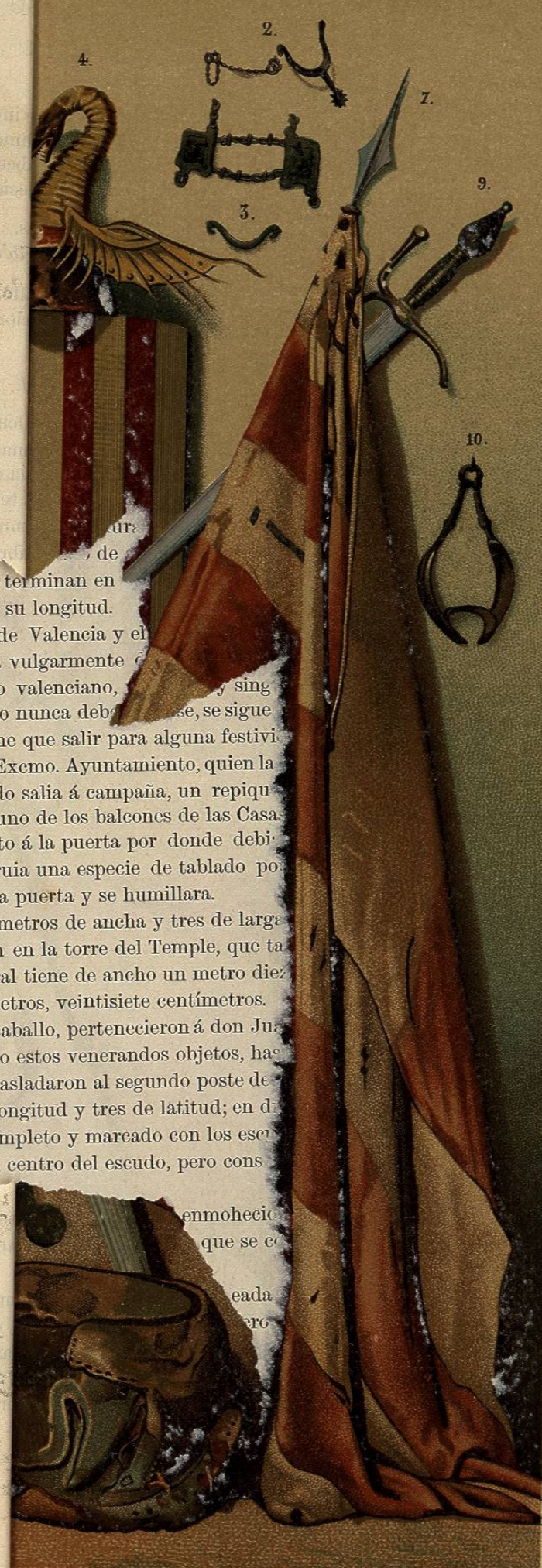
guardaria sus fueros, y aun los mejoraria á conocimiento de la corte; que aumentaria las caballerias de Navarra á quinientos sueldos de cuatrocientos que valian; que los oficiales del reino serian todos navarros; que en sus ausencias seria su gobernador el que la corte le aconsejase, y por último que don Alfonso su hijo habria de casar con doña Juana, la hija del rey don Enrique. En su vista juntáronse otra vez los prelados, ricos-hombres, caballeros, y procuradores de las ciudades de Navarra en Olite, y habida deliberacion ofrecieron que darian la princesa doña Juana en matrimonio al infante don Alfonso, hijo de don Pedro; que cuando no pudiesen cumplir esto, se comprometian á pagarle doscientos mil marcos de plata, para lo cual obligaban todas las rentas del reino que don Enrique tenia cuando murió; que ayudarían á su padre y á él con todo su poder contra todos los hombres del mundo (que es la frase que por lo comun se usaba en aquel tiempo), así dentro como fuera de Navarra; que salvarian al rey de Aragón y al infante y sus sucesores el derecho que tenian al reino de Navarra cuanto pudiesen con fe y lealtad, y que harian pleito-homenaje al infante. Pero este pacto, que juraron guardar y cumplir todos aquellos prelados, ricos-hombres, caballeros y procuradores, quedó tan sin efecto como las gestiones del rey de Castilla, sin que le valiese al infante don Fernando de la Cerda haber entrado con ejército hasta Viana y tomado á Mendavia, puesto que habiéndose acogido la reina viuda de Navarra al rey de Francia su primo y entregádole su hija determinó aquel rey, Felipe el Atrevido, casar con ella á su hijo primogénito Felipe, y con ayuda de la reina viuda que se hallaba todavia apoderada de los principales castillos fué poco á poco posesionándose del reino, pasando de este modo la corona de Navarra á la dinastía francesa.

La invasion de los Beni-Merines de África en Castilla (1275) produjo tambien efectos de consecuencia en Aragón. Despues de haber hecho el infante don Pedro reconocer y jurar en las córtes de Lérida á su hijo don Alfonso sucesor y heredero del reino, para cuando faltasen su abuelo y su padre, partió apresuradamente en socorro de Castilla por la frontera de Murcia. Pero los moros que habian quedado en Valencia, alentados con la entrada de los africanos en Andalucía, y mas con algunas compañías de zenetas, que del reino de Granada se corrieron á aquella parte, levantáronse otra vez, y se apoderaron fácilmente de algunos castillos mal guardados por lo desaperecidos que sus presidios estaban. Al frente de esta sublevacion apareció de nuevo aquel Al Azark, motor principal de la rebelion primera de los moros valencianos. Procuró don Jaime remediar con tiempo este daño mandando á todos los ricos-hombres de Valencia, Aragón y Cataluña, se hallasen prontos á reunirse con él en la primera de estas ciudades. Dió principio la guerra, y en uno de los primeros reencuentros perdió la vida en Alcoy el famoso caudillo africano Al Azark, si bien cayendo despues los cristianos en una celada fueron acuchillados la mayor parte (1276). No fué este todavia el mayor desastre que los cristianos sufrieron. Apenas convaleciente don Jaime de una enfermedad que acababa de tener, habíase quedado en Játiva mientras sus tropas iban á combatir una numerosa hueste de moros que habia pasado á Luxen. El combate fué tan desgraciado para los aragoneses, por mal consejo de sus caudillos, que en él perecieron muchos bravos campeones y gente principal, entre ellos don Garcia Ortíz de Azagra, señor de Albarracín, quedando prisionero el comendador de los Templarios. De Játiva murió tanta gente, que la poblacion quedó casi yerma (3). Este infortunio causó al anciano y quebrantado monarca una impresion tan dolorosa que dejando á su hijo don Pedro todo el cuidado de la guerra, lleno de pena y de fatiga se trasladó de Játiva á Algecira (Alceira), donde se le agravó notablemente su dolencia.

Sintiendo acercarse el fin de sus dias, y despues de recibir

(3) «Por esta causa, segun Marsilio escribe, se decia aun en su tiempo por los de Játiva, *el mártir aciago*.» Zur. Anal. lib. III, cap. 100.— El estrago fué tal y la matanza, dice Mariana, que desde entonces comenzó el vulgo á llamar aquel dia, que era mártir, de mal agüero y aciago.—Lib. XIV, cap. 2.

CONQUISTADOR DON JAIME I



DE SU CONQUISTADOR DON JAIME I.

al rendirse (Existe en poder del conde de Inghona)  
de su caballo (Conservanse en la Catedral)  
de rendicion 9. Espada de D. Jaime (Conservanse en la casa de la Ciudad)  
de D. Jaime (En la Armeria Real de Madrid)

CAPILLA ALFONSO I

trataba de la guerra santa contra los infieles, en que el de Aragón era tan práctico y experimentado; y como supiese que el papa se ofrecía á ir en persona á la Tierra Santa, prometiéndole, si así se verificaba, servirle personalmente y asistirle con la décima de las rentas de sus dominios. Tan señaladas muestras de aprecio y de predilección de parte del pontífice alentaron al monarca aragonés á significarle que desearía tener la honra de ser coronado por su mano ante una asamblea de tantos y tan insignes prelados y de tan esclarecidos príncipes. Respondióle el papa Gregorio que lo haría, siempre que primero ratificase el feudo y tributo que su padre Pedro II había ofrecido dar á la Iglesia al tiempo de su coronación, y que pagase lo que desde aquel tiempo debía á la Sede Apostólica. Tan inesperada proposición desagradó al soberano aragonés en términos que con mucha dignidad y energía envió á decir al papa, que habiendo él servido tanto á la Iglesia romana y á la cristiandad, mas razón fuera que el pontífice le dispensase á él gracias y mercedes, que pedirle cosas que eran tan en perjuicio de la libertad de sus reinos, de los cuales en lo temporal no tenía que hacer reconocimiento á ningún príncipe de la tierra; que él y los reyes sus mayores los habían ganado de los infieles derramando su sangre, «y que no había ido á la corte romana (copiamos las palabras de un ilustre y respetable historiador aragonés) para hacerse tributario, sino para mas eximirse, y que mas quería volver sin recibir la corona que con ella, con tanto perjuicio y disminución de su preeminencia real (1)». Con esto regresó don Jaime á sus Estados, harto desabrido con el papa Gregorio, de quien no había de quedar mas satisfecho Alfonso de Castilla que á muy poco de esto pasó á verle en Belcaire, y por eso el de Aragón desaprobaba tanto el viaje de su yerno, según antes hemos manifestado.

El fallecimiento del rey de Navarra Enrique I llamado el Gordo (1274) y la circunstancia de no dejar sino una hija de dos años, proclamada no obstante sucesora del reino poco antes de morir su padre, trajo nuevas complicaciones á los cuatro reinos de Navarra, Francia, Aragón y Castilla. Dividieronse los navarros mismos en contrarios pareceres, siendo el de algunos que la tierna princesa fuese encomendada al rey de Castilla, opinando otros, por complacer á su madre, que se llevase á Francia (que era su madre la reina doña Juana, hija de Roberto, conde Artois, hermano de San Luis), y no faltando quien fuera de dictámen que se llamase á suceder en el reino al monarca de Aragón. No tardó en verdad don Jaime en enviar al infante don Pedro á requerir á los ricos-hombres y ciudades de Navarra para que le recibiesen por rey, trayéndoles á la memoria todas las razones y fundamentos de derecho en que apoyaba su reclamación, que no eran pocos ni desatendibles, según en el discurso de nuestra historia hemos visto. Por su parte don Alfonso de Castilla, vista la división de los navarros é invitado por alguno de ellos, resucitó también sus antiguas pretensiones al reino de Navarra, y muy poco antes de su viaje á Francia encomendó al infante don Fernando que entrase con ejército en aquellas tierras para hacer valer con el argumento poderoso de las armas sus derechos. En tal situación, temerosa la viuda de Enrique de que en las alteraciones que ya había y amenazaban ser mayores le arrancasen de su poder su tierna hija (2), tomó el partido de llevarla consigo á Francia.

Aunque el reino de Aragón se hallaba entonces tan conmovido y turbado como hemos dicho por las discordias de los dos hijos del rey y el alzamiento de los ricos-hombres, era á la verdad la pretensión del aragonés la que mas fuerza hacía á los navarros y á la que mas se inclinaban; por lo cual reunidos estos en córtes en Puente la Reina, y oída la demanda del infante don Pedro, enviáronle un mensaje pidiéndole por merced les declarase en qué manera pensaba gobernarlos, y cuál era la amistad que quería tener con ellos. Respondióles el infante que con todo su poder y con todas sus fuerzas los defendería contra todos los hombres del mundo; que les

guardaría sus fueros, y aun los mejoraría á conocimiento de la corte; que aumentaría las caballerías de Navarra á quinientos sueldos de cuatrocientos que valían; que los oficiales del reino serían todos navarros; que en sus ausencias sería su gobernador el que la corte le aconsejase, y por último que don Alfonso su hijo habría de casar con doña Juana, la hija del rey don Enrique. En su vista juntáronse otra vez los prelados, ricos-hombres, caballeros, y procuradores de las ciudades de Navarra en Olite, y habida deliberación ofrecieron que darían la princesa doña Juana en matrimonio al infante don Alfonso, hijo de don Pedro; que cuando no pudiesen cumplir esto, se comprometían á pagarle doscientos mil marcos de plata, para lo cual obligaban todas las rentas del reino que don Enrique tenía cuando murió; que ayudarían á su padre y á él con todo su poder contra todos los hombres del mundo (que es la frase que por lo comun se usaba en aquel tiempo), así dentro como fuera de Navarra; que salvarían al rey de Aragón y al infante y sus sucesores el derecho que tenían al reino de Navarra cuanto pudiesen con fe y lealtad, y que harían pleito-homenaje al infante. Pero este pacto, que juraron guardar y cumplir todos aquellos prelados, ricos-hombres, caballeros y procuradores, quedó tan sin efecto como las gestiones del rey de Castilla, sin que le valiese al infante don Fernando de la Cerda haber entrado con ejército hasta Viana y tomado á Mendavia, puesto que habiéndose acogido la reina viuda de Navarra al rey de Francia su primo y entregádole su hija determinó aquel rey, Felipe el Atrevido, casar con ella á su hijo primogénito Felipe, y con ayuda de la reina viuda que se hallaba todavía apoderada de los principales castillos fué poco á poco posesionándose del reino, pasando de este modo la corona de Navarra á la dinastía francesa.

La invasión de los Beni-Merines de África en Castilla (1275) produjo también efectos de consecuencia en Aragón. Después de haber hecho el infante don Pedro reconocer y jurar en las córtes de Lérida á su hijo don Alfonso sucesor y heredero del reino, para cuando faltasen su abuelo y su padre, partió apresuradamente en socorro de Castilla por la frontera de Murcia. Pero los moros que habían quedado en Valencia, alentados con la entrada de los africanos en Andalucía, y mas con algunas compañías de zenetas, que del reino de Granada se corrieron á aquella parte, levantáronse otra vez, y se apoderaron fácilmente de algunos castillos mal guardados por lo desapercibidos que sus presidios estaban. Al frente de esta sublevación apareció de nuevo aquel Al Azark, motor principal de la rebelión primera de los moros valencianos. Procuró don Jaime remediar con tiempo este daño mandando á todos los ricos-hombres de Valencia, Aragón y Cataluña, se hallasen prontos á reunirse con él en la primera de estas ciudades. Dió principio la guerra, y en uno de los primeros reencuentros perdió la vida en Alcoy el famoso caudillo africano Al Azark, si bien cayendo después los cristianos en una celada fueron aenchillados la mayor parte (1276). No fué este todavía el mayor desastre que los cristianos sufrieron. Apenas convaleciente don Jaime de una enfermedad que acababa de tener, habíase quedado en Játiva mientras sus tropas iban á combatir una numerosa hueste de moros que había pasado á Luxen. El combate fué tan desgraciado para los aragoneses, por mal consejo de sus caudillos, que en él perecieron muchos bravos campeones y gente principal, entre ellos don García Ortiz de Azagra, señor de Albarracín, quedando prisionero el comendador de los Templarios. De Játiva murió tanta gente, que la población quedó casi yerma (3). Este infortunio causó al anciano y quebrantado monarca una impresión tan dolorosa que dejando á su hijo don Pedro todo el cuidado de la guerra, lleno de pena y de fatiga se trasladó de Játiva á Alcira (Alcira), donde se le agravó notablemente su dolencia. Sintiendo acercarse el fin de sus días, y después de recibir

(3) «Por esta causa, según Marsilio escribe, se decía aun en su tiempo por los de Játiva, *el martes aciago*.» Zur. Anal. lib. III, cap. 100.— El estrago fué tal y la matanza, dice Mariana, que desde entonces comenzó el vulgo á llamar aquel día, que era martes, de mal agiero y aciago.—Lib. XIV, cap. 2.

## OBJETOS HISTÓRICOS DE VALENCIA Y DE SU CONQUISTADOR DON JAIME I DE ARAGON

Existe en poder del Excmo. Sr. conde de Trígona, una joya de inestimable valor; esta joya es una llave de hierro muy bien conservada y de un trabajo artístico acabadísimo: sus dimensiones son veinticuatro centímetros de largo y seis en su parte mas ancha. Su gusto y hechura puramente árabes: esta llave parece haber servido poco. En sus guardas tiene una leyenda en caracteres árabes cúficos, cuya traducción significa:

*Si por la defensa de Dios peleas,  
Sé constante y no tendrá victoria tu enemigo,*

Otra leyenda ocupa el resalto del cañon de la llave, en el anillo ó medallón del remate, cuyos caracteres, de la forma de los que usaban los árabes andaluces, dan para su traducción lo siguiente:

*Esto lo hizo Ahmed Ahsan.  
Cerraré la puerta de la ciudad.*

Es fama que esta llave fué la que entregaron los moros de Valencia al rendir la ciudad.

En el archivo municipal de Valencia se conserva dentro de una caja de nogal forrada de terciopelo carmesí, con doble tapa de cristal á fin de que pueda verse sin sacarla, la espada del rey don Jaime I: es de hoja recta y de un filo de tres milímetros de grueso, lomo cuadrado y caña hasta los dos tercios, bigotera y espiga, de noventa y un centímetros de longitud y treinta y tres milímetros de ancho junto á la empuñadura; esta es de hierro y parece haber estado dorada; pomo en forma de pera, pero colocada al revés: puño labrado de anillos y arriaz de gavilán exterior remangado en forma de guardamano y patilla inferior; los gavilanes terminan en un botón. Tiene marca de las desconocidas, colocada á ambos lados junto á la canal, como á un tercio de su longitud.

También existen en dicho archivo, la Señera ó Bandera de Valencia y el Pendon que los moros enarbolaron en señal de rendición; la Señera ó Bandera de Valencia, llamada vulgarmente del *Rat penat*, por tener por armadura una celada con el murciélago, es muy respetada por el pueblo valenciano, y son muy singulares las ceremonias que desde tiempo inmemorial se observan para sacarla, pues como nunca debe abatirse, se sigue con tal rigor este principio, que para no inclinarla al pasar por alguna puerta, cuando tiene que salir para alguna festividad, la bajan por el balcón por medio de unos cordones, tomándola el Sr. presidente del Excmo. Ayuntamiento, quien la entrega al Sr. Síndico, que es quien debe llevarla como representante de Valencia; cuando salía á campaña, un repique general de campanas lo anunciaba al público; estaba de manifiesto algunas horas en uno de los balcones de las Casas Consistoriales, se descolgaba de allí, y era conducida con todo el respeto posible, junto á la puerta por donde debía salir de Valencia, y bajo los muros tanto de dentro como á la parte de fuera, se construía una especie de tablado por donde subían y bajaban la bandera, todo con el solo objeto que no pasase por ninguna puerta y se humillara.

Dicha Señera es de tela de seda y lana de oro, tiene dos metros de anchura y tres de larga.

El pendon que los moros pusieron en señal de rendición en la torre del Temple, que también se tiene en grande estima, consiste en una tela de lienzo comun, cuya tela central tiene de ancho un metro diez y siete centímetros y las dos laterales, cada una la mitad, formando un total de dos metros, veintisiete centímetros.

El escudo y espuela del rey don Jaime I y el freno de su caballo, pertenecieron á don Juan Pertusa, caballero que fué de dicho rey; la familia de Pertusa conservó algún tiempo estos venerandos objetos, hasta que los colocaron en su capilla de la Seo, que era la de San Dionisio, y después los trasladaron al segundo poste de los arcos del presbiterio; el escudo es de madera, bastante pesado, de cinco palmos de longitud y tres de latitud; en dicho escudo se hallan colocadas otras dos piezas de arnés; el freno del caballo está completo y marcado con los escudos de Aragón, compuesto de tres piezas de hierro y de bastante peso, clavadas hácia el centro del escudo, pero conservándose hasta la cadenilla de la barbada.

Hácia la parte superior del escudo está colocada una de las espuelas, muy enmohecida, tanto, que no se conoce de qué metal puede ser; no se sabe por qué solo existe una, cuando fueron dos las que se colocaron hace tiempo, ni se ha podido averiguar cuándo desapareció la compañera.

En la Armería Real de Madrid se conserva una silla de montar bastante estropeada de don Jaime I, que es la marcada en la lámina con el número 11. La forma de esta silla, que tiene el arzon zagüero volteado, así como la de los estribos, arqueados por la parte donde sientan los pies para afianzarlos mejor al dar el golpe de lanza al enemigo, es exactamente la misma que se usaba en el siglo XIII. Esta silla, así como dos cascabeles del caballo del monarca aragonés, y el yelmo con dragon alado que se dice usaba, se conservaban en Mallorca, de cuya isla pasaron al sitio en que actualmente se custodian.

(1) Zurita, Anal. lib. III, cap. 87.

(2) Casi todos los historiadores nombran Juana á esta princesa; Monje sostiene que su nombre era Blanca.